

IV. Nuevos desafíos del diálogo democrático
al final del siglo 41

4.1. Las razones, los equívocos, las esperanzas 41

4.2. La “crisis de las ideologías” 44

4.3. Los riesgos del “monólogo” 46

IV. Nuevos desafíos del diálogo democrático al final del siglo

4.1. LAS RAZONES, LOS EQUÍVOCOS, LAS ESPERANZAS

Para analizar los nuevos desafíos al diálogo como método de convivencia, es necesario reflexionar brevemente acerca de la influencia que sobre la democracia han tenido una serie de acontecimientos que han marcado irremediablemente el curso de la historia política reciente. Tales transformaciones han colocado al ejercicio del diálogo como una de las condiciones fundamentales para profundizar el proceso de democratización en nuestras sociedades. En efecto, en el actual contexto histórico, el diálogo se presenta como el método racional por excelencia para solucionar las controversias que enfrenta la democracia. Cuando hablamos de transformaciones nos referimos en especial al nuevo contexto generado por la caída del Muro de Berlín, las repercusiones de la reunificación alemana, la disgrega-

ción del imperio soviético, así como la tragedia yugoslava, entre otros. Dichos sucesos han representado una transformación radical de la mayoría de las certidumbres de que disponíamos, imponiéndonos una reinterpretación completa del pasado reciente. Las “revoluciones democráticas de 1989”, en efecto, no sólo marcaron el final del comunismo histórico, entendido como un particular régimen político basado en una ideología que pretendía la emancipación humana, sino que también dieron paso a una serie de tensiones económicas, políticas, sociales y culturales que han alterado drásticamente los equilibrios tradicionales sobre los que se había cimentado el heterogéneo conjunto de las democracias occidentales.³⁰ Quizás una de las principales novedades

³⁰ Norberto Bobbio, “Destra e sinistra oltre il muro”, en *La Stampa*, Turín, 19 de marzo de 1995.

del actual momento radica en que nos enfrentamos a un horizonte en el que la democracia, con sus limitaciones e imperfecciones, reina prácticamente sin competencia como la “mejor forma de gobierno”. Sin embargo, una vez muerto el antagonismo histórico que existió entre democracia y comunismo, nuevos desequilibrios han aparecido en la escena mundial. Algunos de los desafíos a los que la democracia habrá de dar respuesta tienen que ver con las tensiones surgidas en diversos ámbitos: desde los problemas representados por los binomios etnia-nación, público-privado, desarrollo sustentable-desarrollo ilimitado, hasta aquellos problemas que derivan de las tensiones entre pluralismo e individualismo y sobre todo entre ética y política. Estos espacios representan sólo algunos de los ámbitos que tendremos que considerar durante los próximos años bajo perspectivas originales y donde el ejercicio del diálogo recupera su utilidad práctica como *método de mediación* en el marco de la confrontación democrática.

La política mundial está entrando en una fase inédita en la cual las grandes divisiones que caracterizaron a la

humanidad en términos de religión, lengua y tradición han aumentado en profundidad y en importancia. Incluso algunos autores como Samuel Huntington y Ralf Dahrendorf han sostenido la tesis de que el conflicto social en el futuro será, sobre todo, de tipo cultural. Como quiera que sea, es claro que los grandes desafíos que enfrenta la moderna convivencia civil en un ambiente de continuas fragmentaciones y de conflictos entre culturas sólo podrán encontrar adecuada respuesta si se reconoce que la democracia representa —a pesar de todo— un punto de referencia imprescindible, ya sea sobre el plano de los valores o sobre la dimensión de las soluciones institucionales posibles. Y es aquí, en estos ámbitos, en donde la práctica del diálogo, de la tolerancia y del método de la persuasión aparecen como los únicos comportamientos civiles posibles a través de los cuales la democracia puede expandirse.³¹ La eventual expansión de la democracia a nuevas regiones del mundo tendría como condición necesaria la formulación de soluciones al-

³¹ Cfr., Salvatore Veca, *Cittadinanza. Riflessioni filosofiche sull'idea dell'emancipazione*, Milán, Feltrinelli, 1989.

ternativas a los principales problemas de la convivencia que han aparecido en el final del siglo XX.

La fase de cambios que comenzó a desplegarse durante los últimos años de la década de los ochenta aceleró poderosamente un proceso de convergencia entre las diferentes formas de organización política hacia una *cultura de la democracia*, que asume como irrenunciables tanto el principio de la libertad entre individuos con iguales derechos, como el método de la convivencia civil y tolerante a través del coloquio entre las diferentes partes. Ejemplos de ello los podemos encontrar, con diversos matices, al analizar los sucesos que provocaron la caída de los autoritarismos, desde Europa Oriental (Checoslovaquia y Alemania del Este en particular), hasta América Latina, África y Asia, los cuales han transitado hacia distintas formas de democracia. La fractura definitiva del llamado socialismo real colocó al régimen democrático como la única opción duradera en la que la diversidad, que es característica de las sociedades complejas, pudiese desplegarse en todos los órdenes. De ahí que el diálogo represente una práctica privilegia-

da en la búsqueda de soluciones a las controversias derivadas de la convivencia pluralista.

Muchas investigaciones recientes han demostrado que en aquellos países en donde el diálogo forma parte integrante y cotidiana de la cultura política ha sido posible el establecimiento de democracias con una gran estabilidad. El ejemplo más claro de esto quizás esté en los estudios del politólogo holandés Arend Lijphart acerca de las *democracias consociativas*. Según este autor, tales democracias se caracterizan, por una parte, por la existencia de sociedades plurales con profundas divisiones religiosas, étnicas, lingüísticas e ideológicas, en torno a las cuales se estructura una amplia gama de organizaciones políticas y sociales y, por otra parte, por la existencia de *élites democráticas dispuestas al diálogo*, es decir, a la cooperación y al acuerdo. Los casos que este autor estudia son, principalmente, Bélgica, Austria, Luxemburgo, Holanda y Suiza.³² Es claro, entonces,

³² Arend Lijphart, *Democracia en las sociedades plurales (una investigación comparativa)*, Méxi-

que frente al conflicto social moderno un tema que resulta fundamental para el análisis del futuro de la democracia es el referido justamente a las relaciones posibles entre la política y la cultura, que analizaremos a continuación.

4.2. LA “CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS”

1989 representa en la historia contemporánea la fractura decisiva del conjunto de estructuras económicas, políticas y sociales del “bloque socialista”. Esta ruptura tuvo, por lo menos, un doble significado: de un lado, representó un cambio cualitativo en los procedimientos a través de los cuales los diferentes actores políticos competían por el poder y, de otro, involucró a casi todos los ámbitos extra-políticos de la vida colectiva en la mayoría de los países que formaban parte de ese bloque. Muchas han sido las interpretaciones sobre los orígenes de este cambio: la falta de oposición y de capacidad autocorrectiva del siste-

ma político; la violación sistemática de los derechos individuales; la ineficiencia económica de la planificación centralizada; el carácter totalizador de la ideología en el poder, así como la rigidez de las jerarquías y la ausencia del mercado. Culturalmente, la crisis de las ideologías es también una crisis de la convivencia. Es por esta razón que necesitamos reflexionar brevemente sobre la influencia que estos cambios han tenido en la revaloración del diálogo como método de convivencia en la democracia.

El horizonte es muy amplio como para pretender analizarlo pormenorizadamente. Aquí sólo haremos referencia a algunos de los cambios que el mencionado proceso ha generado en la relación entre política y cultura. El primer aspecto que llama la atención se refiere a las modalidades con las que los “profesionales de las ideas” han replanteado sus concepciones tradicionales sobre la importancia de su función y sobre el tipo de “compromiso” que les corresponde desempeñar en relación con las nuevas tensiones que se han trasladado al campo de la democracia. En efecto, los intelectuales han tenido que revisar las modali-

co, Prisma, 1988, pp. 21-45. Otro autor que también se ha ocupado de esta problemática es Stein Rokkan en *Citizens, elections, parties. Approaches to the study of comparative development*, Oslo, Universitët Forlagët, 1970.

dades y la naturaleza de su participación política con miras a adecuarse a los nuevos reclamos. Entre los pensadores que han propuesto interesantes interpretaciones sobre esta problemática podemos mencionar a Claus Offe, Jürgen Habermas, François Furet, Ralf Dahrendorf, Sygmund Bauman, Michael Walzer y John Rawls, así como a Norberto Bobbio. Sus propuestas pueden ayudarnos a interpretar algunos de los desafíos que enfrenta la democracia hacia el final del milenio. De acuerdo con lo anterior, “el fracaso del socialismo sin libertad ha confirmado los derechos de libertad pero no el final del socialismo, ya que en donde se han desarrollado estos derechos se ha llegado inevitablemente a una lucha de intereses de la cual surge quien lucha por la superación de las desigualdades”.³³ A lo largo del presente trabajo hemos sostenido que la democracia representa la existencia de reglas y procedimientos para la búsqueda de soluciones a las controversias que naturalmente se producen en las sociedades pluralistas; se ha soste-

nido, también, la necesaria relatividad de los valores que debe prevalecer durante el intercambio de ideas, así como la imprescindible equidad que debe garantizar la coexistencia democrática. Por todo ello, se impone la necesidad de replantearnos cuál es el papel de la cultura en la formación de los nuevos “ideales y valores” con los que el régimen democrático deberá enfrentar los problemas de la convivencia humana que el socialismo realmente existente no logró resolver.

En efecto, muchos de los grandes problemas teóricos y políticos planteados por la crisis de la utopía comunista aún permanecen sin solución. Es necesario no perder de vista que actualmente es la propia democracia la que sufre por la ausencia de ideales colectivos con los cuales formular proyectos de largo plazo. No es suficiente saber qué cosa ha terminado; también es necesario preguntarse qué cosa está por iniciar. Después de la caída de la utopía de la sociedad sin clases, ¿existe todavía la necesidad de una nueva utopía entendida como una construcción racional proyectada hacia el futuro?, ¿permanece como insustituible un modelo en

³³ Giancarlo Bosetti, “Entrevista con Norberto Bobbio”, en *Leviatán*, núm. 39, II época, primavera de 1990, p. 68.

el cual la sociedad se encuentre guiada por ideales colectivos como la libertad, la equidad y la justicia social? Estas cuestiones son relevantes en la medida en que es necesario reconocer que ha aumentado la responsabilidad de la democracia frente a los problemas de la justicia, que reproducen, en una escala mucho mayor, los mismos problemas que en el siglo pasado dieran origen en el seno de los países industrializados a la preocupación por lo social y a los diferentes movimientos que se inspiraron en el socialismo y en el comunismo.

De esta manera, el complejo escenario que produjo la crisis de las ideologías ha hecho necesario, una vez más, revalorar la potencialidad del diálogo como el *nuevo fundamento del intercambio cooperativo*.

4.3. LOS RIESGOS DEL “MONÓLOGO”

Es de sobra conocido que en la mayoría de las sociedades autoritarias el diálogo muchas veces es sustituido por el “monólogo”, es decir, por la práctica que, traducida literalmente, se refiere al “hablar consigo mismo”. El monólogo se impone cuando al ex-

poner postulados políticos propios se excluye a los demás interlocutores, quienes con frecuencia dejan de ser adversarios para convertirse en enemigos irreconciliables a quienes se pretende eliminar.

A lo largo del siglo XX la existencia de distintas formas autocráticas de gobierno pretendieron, con diversos resultados, erigirse en la única representación política y social posible a partir de una concepción ideológica determinada que frecuentemente presumía de su total autosuficiencia. El nazismo, el fascismo y el estalinismo son ejemplos de ello.

Actualmente, nuevas intolerancias fundadas en cuestiones étnicas, raciales o religiosas han cristalizado en una serie de regímenes teocráticos y en fundamentalismos ideológicos que pretenden ocupar el espacio que el socialismo real dejó vacío. Dichos regímenes generalmente se caracterizan por evitar la expresión de aquellas manifestaciones culturales, sociales y políticas que son consideradas antagónicas por el simple hecho de que atentan contra las concepciones oficiales y los equilibrios imperantes. Nada se

encuentra más alejado de una convivencia civilizada, sin embargo, que la pretensión del monopolio de la “verdad”, así como la transmutación del diálogo en una exposición difamatoria que pretende descalificar al resto de

los contendientes. Recientemente diversos autores han estudiado las manifestaciones del totalitarismo como un “mal absoluto” en la medida en que representa una “dominación total”.³⁴

³⁴ Cfr., Ferenc Fehér, *et. al.*, *Dictadura y cuestiones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, y François Furet, *El pasado de una ilusión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.